



Tatuajes en Cuba ¿Moda, mercancía o estilo de vida?

■ Por Liena María Nieves Portal

■ Fotos: Ramón Barreras Valdés

Los tatuajes en Cuba han evolucionado de rudimentaria expresión gráfica, típica de ambientes marginales, a verdaderas obras de arte.

mucho de los diseños que comúnmente se les solicitan a los profesionales.

Yasmany Larrondo Caro, Aliesky Armenteros Vizcaino y Ricardo Leblanch Cordoví son reconocidos tatuadores de la ciudad de Santa Clara, con una experiencia que supera los 12 años de labor, y varios reconocimientos territoriales y nacionales. En visita al estudio donde trabajan los dos primeros, pudimos comprobar que los dibujos modernos redoblan la apuesta por la belleza, la fantasía y el *glamour*.

—¿Quiénes se tatúan más: los hombres o las mujeres?

Yasmany rompe el hielo con una sorprendente confesión: —En número, la cantidad de hombres es superior, pero las mujeres los vencen en resistencia, fuerza y osadía. En el estudio se nos han desmayado muchachos de 1,85 de altura, mientras que las chicas se concentran tanto en que su tatuaje quede perfecto, que nos permiten trabajar durante horas a pesar del dolor o la incomodidad».

—Imagino que sus clientes sean mayoritariamente jóvenes....

—Hoy por hoy tenemos de todas las edades, y se sorprendería al ver la cantidad de señoras con más de 45 y 50 años que vienen a tatuarse las cejas, el contorno de los ojos y los labios; o sea, como una especie de maquillaje permanente, aunque claro, resulta más común atender a personas jóvenes.

«Puede mirar a su alrededor cuando va por la calle: ya es casi una rareza encontrar a gente de entre 18 y 30 años sin algún tatuaje» —respondió Aliesky Armenteros, quien declara su predilección por el arte del retrato:

«Como profesional, uno tiene sus propios gustos, pero siempre alentamos al cliente para que elija o, al menos, diseñe el concepto o principio de lo que desea dibujarse. Por supuesto, la idea inicial se mejora, porque llevarán esa marca mientras vivan, y las locuras de juventud pueden traer luego muchas amarguras.

«El año pasado, durante la convención de tatuajes que se celebra como parte del festival de rock Ciudad Metal, obtuve el premio de la popularidad y el de mejor tatuador, gracias a un diseño con el rostro de Albert Einstein, pero eso no lo quiere todo el mundo. Si me pides un símbolo maorí, unicornios, peces, frases en hebreo o banderas cubanas, eso es lo que hago; de lo que sí pueden estar seguros es de que ponemos lo mejor de nosotros para complacer al cliente».

—¿Se podría afirmar que hoy existe un tatuaje genuinamente cubano?

—Creo que aún no llegamos a ese punto, porque el arte del tatuaje está muy ligado a la moda. Las mujeres prefieren las estrellas, los pájaros, las flores, las mariposas, y la mayor parte de los hombres opta por los dibujos alegóricos, propios de culturas antiguas como los aztecas y los polinesios. Casi nadie sabe que algunos son símbolos de guerra, de fertilidad, virilidad, etc., mas resultan muy llamativos y frecuentes en todo el mundo.

«De todas maneras, algunas personas sí piden que les tatúen figuras como la del Che y Fidel, los colores de la bandera, la isla de Cuba o la Virgen de la Caridad, y ello es evidentemente identitario, pero no lo suficiente como para fundar cátedra» —aseveró Ricardo Leblanch, creador de la plástica devenido talentoso dibujante corporal.

Este oficio no se contempla entre las modalidades del trabajo por cuenta propia, y por ende, el avituallamiento de materiales depende de gestiones personales y su representación legal se limita al accionar de la Asociación Hermanos Saiz (AHS), como organización promotora de dicha forma de expresión cultural; no obstante, quienes se especializan siguen estrictos parámetros que podrían mejorar sensiblemente.

El adiestramiento del tatuador cubano no corre a cargo de ninguna institución especializada que vele por la idoneidad del artista y del medio en que se desempeñará, y esta suerte de cuestionable autodidactismo conlleva una lógica desprotección del cliente y del propio profesional.

Aliesky, Yasmany y Ricardo afirman que no aceptan en sus estudios a ningún menor de edad, aunque traiga el dinero suficiente para pagarles. Si no van acompañados por uno de los padres, deberán hacerlo con una autorización firmada (con dirección y datos personales incluidos) o con un familiar mayor de 18 años, dado que muchos jóvenes no asumen con responsabilidad el cuidado de su tatuaje.

El precio mínimo de los tatuajes se establece en cinco cuc, por concepto de gasto de materiales, pero en el caso de diseños como este, las tarifas pueden superar los 50 cuc.

«Desde que llegan les explicamos los riesgos de su decisión, sobre todo porque se trata de algo permanente, y luego les detallamos las medidas higiénicas que deben seguir en la semana posterior: lavarse la zona del tatuaje con agua hervida y jabón, al menos cuatro veces al día; no exponerse al sol; no bañarse en ríos, presas, playas o piscinas; no ejercicios físicos ni relaciones sexuales, no removerse las postillas antes de que se caigan solas. También se pueden aplicar Gentamicina o tomar Ibuprofeno en caso de inflamación, porque la piel es un órgano muy sensible y muchos aún no lo interiorizan», recaló Yasmany Larrondo Caro.

EN LA DERMIS DE LA MODA

Muchos jóvenes y sus familias aún privilegian la opinión ajena antes que la agresión al cuerpo a la hora de sopesar los perjuicios de un tatuaje. Sin embargo, la ciencia moderna corrobora que a los temores básicos que surgen del riesgo de contraer una hepatitis B o C e, incluso, el VIH/sida, en caso de que el tatuador no emplee material estéril, se añaden otros tantos que, décadas atrás, resultaban prácticamente imposibles de detectar.

En entrevista con la Dra. María Chamizo, especialista en Dermatología, y de acuerdo con precisiones de la Sociedad Cubana de dicha especialidad, pudimos constatar que la desinformación constituye el mayor enemigo de quienes deciden incorporar un dibujo permanente a su piel, pues decisiones de tamaña trascendencia ameritan, al menos, una consulta responsable con alguien versado en el tema.

«En primer lugar, existen padecimientos crónicos incompatibles con el tatuaje, como son la diabetes mellitus, la insuficiencia renal, las enfermedades cardíacas congénitas y los padecimientos relativos a la despigmentación de la piel, como el vitiligo, pues las reacciones alérgicas en este tipo de pacientes podrían ser fatales.

«Siguiendo la línea de las alergias, las personas deben conocer que los colorantes con que se preparan las diferentes tonalidades de tintas contienen metales y otros materiales que pueden ser tóxicos al organismo: sulfato rojo de mercurio, níquel y cromo para los dibujos verdes, cadmio en el caso del amarillo, y en otros tonos, óxido de hierro, de titanio y de zinc, lo cual, además, constituye un impedimento para el paciente tatuado que necesite una resonancia magnética, ya que la presencia del metal puede alterar el resultado de este examen o provocar irritación severa y quemaduras en la piel».

La otra parte de la historia radica en que en Cuba no contamos con la tecnología requerida para la eliminación total del tatuaje (luz del láser Q-switch, que vaporiza y/o fragmenta el pigmento decolorado), un procedimiento que en naciones como Canadá puede suponer un gasto de más de 5000 dólares, y que en la *Mayor de las Antillas* se restringe a cirugías e injertos de piel con pobrísimo resultados estéticos.

Sin embargo, lo cierto es que de la misma forma que aprendimos a ajustarnos a los imperativos económicos y sociales de estos tiempos, muchos, aún inadaptados, deberán ampliar su espectro de tolerancia para aceptar que las generaciones cambian, y que sus métodos de proyección asumen estilos más arriesgados y personales. Hoy, sería cosa de necios juzgar el talento o el calibre humano por un exterior con el que no concordemos, pero lo mismo aplica para los que no piensan un instante en quiénes serán en el futuro.

Le pregunté si estaba segura de lo que hacía y me respondió encogiéndose de hombros. Unos segundos después confiesa que le encantan las mariposas, que es joven, que tendrá tiempo suficiente para lucirlo... Trae consigo a su mamá, que está cerca, muy cerca, y a cada momento alaba su valentía, y lamenta las restricciones y tabúes que en el pasado le impidieron decorarse un retazo de piel con el dibujo de su elección.

El sonido de la máquina me repiquetea en los oídos, pero a nadie parece molestarle. Ella está allí, cubriendo la mitad de su cuerpo con una tela verde, como la que se utiliza en los salones quirúrgicos. Aliesky, el tatuador, no levanta la vista del muslo derecho de la chica: recién comienza a recrear el diseño que la acompañará por el resto de su vida.

¿Qué edad tienes? Casi 15. ¿Y estás consciente de que en 30 años ni tu tatuaje ni tú serán los mismos? Mamá interrumpe la conversación, y tiene razón cuando defiende el criterio de que en la juventud todo se disfruta hasta el límite; eso es lo que más desea para su pequeña. «Prefiero apoyarla en todos sus gustos, así siempre me tendrá confianza. Además, mi hija sabe lo que hace». Diez minutos más tarde, cuando los pétalos de una flor se encendían por el enrojecimiento propio de la epidermis herida, ambas se miran con regocijo y complicidad.

Pasarán unos días hasta que pueda mostrar el tatuaje en todo su esplendor, aunque basta el escozor tras un mínimo roce con la ropa para sentirse mucho «más libre, madura, sensual». No tiene idea de qué le depara el futuro, pero desde este momento su aspecto denota un significado diferente para la sociedad. Unos y otros interpretan los códigos visuales a partir de su historia y prejuicios; ella lo comprende y no se intimida. De cualquier forma, lo que sucederá en un par de décadas le resulta tan impredecible como distante, y, al menos, el hoy lo vivirá como dicta la moda.

¿ARTE O TENDENCIA PASAJERA?

Quiénes nacimos en los 70 y los 80 casi semejamos reliquias ante la mayor parte de los «noventeros» con que convivimos cada día. De la noche a la mañana, importamos símbolos y expresiones gráficas de los cinco continentes, y lo que parecía exclusivo de la herencia carcelaria y la marginalidad, ocupó un puesto privilegiado entre las tendencias juveniles.

A la keratina, las uñas postizas, los tacones de aguja y la depilación al más calzado estilo metrosexual, se unieron los tatuajes como complemento prácticamente indispensable. Si unos años atrás acudíamos a la inspección visual para pronosticar, con bastante éxito, la posibilidad de que alguien tuviese antecedentes penales o un pasado violento, hoy solo podría concebirse como un acto prejuicioso e injustificado, pues este arte no distingue cuna, raza ni nivel cultural.

De acuerdo con un reciente sondeo del Instituto de Investigaciones Socioculturales Juan Marinello, de La Habana, todas las señales indican que el tatuaje en Cuba se ha erigido como un fenómeno moderno, creciente y muy mercantilizado, lo cual se asocia a la sobrevaloración de la hombría y la sexualidad, la necesidad de romper imposiciones, y a la indudable especialización de quienes se dedican a crear verdaderas obras sobre la piel.

De hecho, la psicología ha demostrado que el poder sensorial proveniente de un tatuaje implica significativas transformaciones en la personalidad, pues muchos lo asumen como un medio para reforzar su ego y jerarquía en el entorno familiar y grupal.

No obstante, aunque se incremente el número de cubanos que optan por este tipo de decoraciones, aún subsisten tesis históricas que intentan reducirlas a la periferia social. El grupo penitenciario fue siempre el paradigma del tatuaje, pues resultaba extraño que un recluso no adornara su piel con nombres, imágenes femeninas y religiosas o frases de arrepentimiento, añoranza o amor. Sin embargo, este tipo de dibujo, carente del acabado de los tatuajes de moda, dista

